Hijos de un mismo Tiempo

Felipe Oropesa

Hijos de un mismo Tiempo

Felipe Oropesa

Avant
editorial

Primera edición, octubre de 2023
©Felipe Oropesa, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:978-84-19970-17-6
IBIC: FH
DEPÓSITO LEGAL: M-29942-2023

A mi madre

«Creo que los creadores, hijos ilegítimos de la memoria de la existencia y amantes impúdicos de la ficción, hemos nacido, entre otras cosas, para dar sentido a los datos de la Historia y corregir con la imaginación los desmanes del mesianismo. Sin los historiadores, no podríamos ser nada a la hora de convertir la Historia en Literatura: ¿qué idea tendríamos del mundo sin su paciencia para rebuscar en tantos archivos? Pero sin nosotros, difícilmente podrían ellos emocionar. Unos y otros nos necesitamos para comprender mejor la vida y el destino humano».

JAVIER REVERTE
Banderas en la niebla

1

Sevilla, agosto de 2007

—¿En qué piensas? —preguntó Milagros.

—En la pasada Navidad, que fue cuando vi al abuelo con vida por última vez. Se le veía tan sano, tan alegre y tan bien de salud que no entiendo cómo se ha podido morir tan de repente —contestó Emilio a su madre.

—Nadie está a salvo de sufrir un infarto mortal.

—Ya, eso lo sé, pero…

—El abuelo siempre fue muy testarudo —intervino Milagros cortando el argumento de Emilio—. Demasiado diría yo. Le sugerí muchas veces que se viniera a vivir con nosotros a Salamanca. Y también le insistí que fuera a visitar un médico para hacerse unas pruebas, pero nada, nunca me hizo caso.

Después de llevar cinco horas viajando desde Salamanca, Emilio y Milagros por fin llegaron a Sevilla.

Al entrar en el apartamento de su abuelo, Emilio sintió por primera vez verdaderas ganas de llorar y desahogarse. Su olor, sus cosas, sus libros, las paredes decoradas con fotografías antiguas…, todo ello le devolvió a la realidad y le hizo recordar que se había marchado para siempre.

—Voy a darme una ducha rápida y a prepararme para ir al tanatorio. Enseguida termino —explicó Milagros sacando a Emilio de su aturdimiento.

Emilio asintió con la cabeza y se sentó en el sofá a esperarla. Un instante más tarde empezó a sonar su teléfono móvil; era Esther, su esposa.

—Acabo de leer tu mensaje. Lo siento mucho. ¿Cómo estás? —le preguntó ella.

—Bastante mal. Mi abuelo y yo siempre tuvimos una relación muy especial. Y aunque es cierto que últimamente no le había visto todo lo que deseaba, yo le quería mucho, ya lo sabes.

Emilio dijo esa última frase al tiempo que comenzaron a caerle unas tímidas lágrimas por la mejilla.

—Lo sé, cariño. ¿Y cómo ha sido todo? —preguntó nuevamente Esther.

—Hoy de madrugada, sobre las cinco, han llamado del hospital a mi madre para comunicarle que mi abuelo había ingresado muy grave debido a un infarto de corazón severo; una hora más tarde volvieron a llamarla para informarle de su muerte. Mi madre me llamó por teléfono para contarme lo ocurrido e inmediatamente nos pusimos en camino para llegar lo antes posible a Sevilla.

—¿Y por qué no me llamaste en ese momento? Podría haber ido con vosotros.

—Era demasiado temprano, así que no quise alarmarte con mi llamada y decidí mandarte un mensaje al móvil. Además, tampoco me parecía bien que dejaras a tu madre sola en su estado.

La madre de Esther era bastante mayor. Tenía ochenta y siete años de edad y un estado de salud delicado. Por ese motivo, Esther, turnándose con el resto de sus hermanos, iba un par de días a la semana a dormir a casa de su madre para que no pasara la noche sola.

—Bueno, no es momento de reproches —afirmó Esther—; voy a salir de inmediato para la estación y a coger el primer tren que salga para Sevilla. Quiero estar contigo y con tu madre acompañándoos en estos momentos tan complicados.

—Te lo agradezco mucho. Te quiero —dijo Emilio dando por finalizada la conversación.

Emilio sintió alivio de poder contar con Esther en esas circunstancias; en realidad, se sentía afortunado de tenerla en su vida, ya que ella también le había ayudado mucho a afrontar la muerte de su padre, quien había fallecido hacía dos años y de cuya pérdida aún no se había recuperado por completo.

Una hora más tarde, Emilio y Milagros llegaron al tanatorio. Él sintió pánico de entrar y revivir la muerte de un familiar tan cercano y querido, pero tampoco quería dejar sola a su madre.

—Lo siento mucho, familia Bernabéu —fue el recibimiento y el pésame que les dio la persona encargada de acoger a los parientes en el tanatorio—. Les llevaré inmediatamente a la sala donde descansa su familiar.

A cada paso que daba, Emilio sentía que su corazón se agitaba más y más, hasta el punto de llegar a ser preocupante. Cuando el señor del tanatorio abrió la puerta de la sala y Emilio vio a su abuelo dentro del ataúd, no aguantó más y comenzó a llorar desconsoladamente al tiempo que se abrazaba a su madre, la cual también estaba francamente compungida por todo lo ocurrido.

En el tanatorio había un matrimonio bastante mayor, vecino del difunto, que se apresuró en dar el pésame a la familia.

—Os acompañamos en el sentimiento —dijeron con voz pastosa.

Mientras que Milagros escuchaba la versión de estos vecinos, que fueron precisamente quienes avisaron a los servicios sanitarios al oír un fuerte golpe en la casa del ahora difunto, Emilio se acercó a su abuelo y le besó en la frente. Percibió rápidamente el frío de la muerte en sus labios y sintió unas ganas imperiosas de escapar de allí.

—¿El baño, por favor? —preguntó a un miembro del tanatorio.

—Al fondo a la izquierda lo tiene usted.

No lo pudo resistir y vomitó. La tensión y los nervios que había soportado le habían provocado su mal estado.

Tras limpiarse la boca y tranquilizarse un poco, Emilio abandonó el tanatorio y salió a la calle para respirar un poco de aire fresco y llamar a Esther para tener noticias suyas.

—¿Por dónde vas, cariño? —le preguntó.

—Llego en un par de horas a Sevilla. Dame la dirección del tanatorio para ir directamente hasta allí y no perder tiempo.

—Te voy a dar mejor la dirección de la iglesia donde va a celebrarse la misa de difuntos, porque para dentro de dos horas ya estaremos allí.

—Me parece perfecto. ¿Tú cómo te encuentras?

—Bueno…, acabo de vomitar en el baño.

—¿Has comido algo?

—No, solo tomé una taza de café esta madrugada antes de salir de casa.

—Pues deberías comer un poco. Sé que no tendrás apetito y que lo último que te apetecerá será comer, pero debes hacerlo porque el día será muy largo.

—Emilio, ¿qué haces aquí fuera? ¿Por qué no entras? —preguntó Milagros de improvisto, interrumpiendo así la conversación telefónica.

—Estoy hablando con Esther. Ahora enseguida entro.

—No tardes, porque al abuelo le hubiera gustado que le acompañaras en estos momentos —le recordó.

Emilio no sabía si quería entrar y volver a ver el cuerpo sin vida de su abuelo; una parte de él le decía que esperara a Esther, que su presencia le daría fuerzas para afrontar la situación; otra parte, en cambio, le decía que no podía abandonar a su madre en esas circunstancias. Finalmente decidió entrar.

—Estamos aquí reunidos para dar nuestro último adiós a Salvador Bernabéu —pronunciaba el sacerdote que oficiaba la misa mientras que Emilio apretaba con fuerza la mano de Esther, que había llegado justo a tiempo para asistir al acto.

El abuelo de Emilio siempre fue una persona muy religiosa, de modo que había dispuesto que a su muerte se celebrara una misa en la parroquia del barrio sevillano de El Arenal, donde residía, para lo cual había pagado anticipadamente por ello.

Emilio, Milagros y Esther se sentaron en primera fila, aunque, a decir verdad, en el templo no había demasiada gente. Emilio pensó que tal circunstancia podía deberse a que su abuelo era ya demasiado mayor, puesto que había fallecido a los noventa y cinco años, y que sus amigos y conocidos habrían muerto ya.

—Salvador Bernabéu hizo muchas cosas, y muy buenas, por este barrio y por su gente, y ahora Dios, nuestro Señor, lo ha llamado para

recompensarle por todo ello. Y si alguna vez hizo algo mal, sus buenas acciones compensarán con creces a las malas, porque fue un buen cristiano en vida —insistía el sacerdote ensalzando su figura.

Emilio escuchaba atentamente las palabras de aquel párroco e intuyó que debía conocer bastante bien a su abuelo, sobre todo a juzgar por los elogios y por las obras concretas que mencionaba de él. De todas ellas extrajo una clara conclusión: su abuelo siempre fue una persona bondadosa en vida.

La misa llegó a su fin y la familia despidió en la más absoluta intimidad al difunto. La muerte había llegado a Salvador Bernabéu y mientras era sacado de la parroquia por cuatro miembros de la funeraria, Emilio y Milagros no podían parar de llorar.

—La muerte forma parte de la vida, hijo mío. Aunque lo importante no radica en cómo morir, sino en cómo vivir —susurró Milagros a Emilio mientras se fundían en un sentimental abrazo.

—Ha sido un día bastante duro y creo que todos necesitamos descansar —dijo Esther con prudencia justo en ese momento, sin querer cortar ni interrumpir aquel afectuoso abrazo entre madre e hijo.

Finalizado el funeral, los tres volvieron al apartamento de Salvador en el barrio de El Arenal. Estaba ya atardeciendo y aunque la temperatura había disminuido, el calor seguía siendo bastante sofocante. Milagros abrió el balcón que daba a la calle Pastor y Landero para que entrara un poco de aire, aunque más que eso entraba flama.

—¿Qué pasará con este piso? —preguntó Emilio a su madre.

—En los próximos días debemos ir al notario para hacer la lectura del testamento y ahí sabremos qué decidió tu abuelo. Aunque siempre dijo que este apartamento sería para ti cuando él muriera, así que probablemente te lo haya dejado en herencia —respondió ella.

No le dio tiempo a terminar la frase cuando Milagros se dio la vuelta y vio que Emilio se había quedado dormido en el sofá. Estaba agotado y quedó fulminado nada más sentarse y ponerse cómodo. Con la ayuda de Esther lo recostaron y le dejaron dormir plácidamente.

Ambas mujeres, por el contrario, fueron a la cocina e indagaron en la nevera y la despensa para ver qué podían preparar de cena.

—Emilio lo pasará mal durante un tiempo; sé que quería mucho a su abuelo porque me hablaba de él con mucha frecuencia —comentó Esther mientras preparaba un gazpacho.

—Sé que sufrirá porque he criado a mi hijo y sé que es muy sensible —respondió Milagros, que estaba colocando los cubiertos en la mesa—. Y también sé que tú eres muy importante para él; solo hace falta ver su cara y su estado de ánimo cuando está contigo para darse cuenta de ello. Mi hijo ha tenido mucha suerte encontrándote.

—La tesis doctoral que está a punto de comenzar le vendrá bastante bien para mantener la cabeza ocupada, ¿no crees?

—Seguro que sí; mi hijo es sensible pero muy fuerte.

—Emilio últimamente solía decirme que quería sacar algo de tiempo para venir a Sevilla con cierta regularidad y visitar a su abuelo. Pero ya se sabe, el trabajo es muy absorbente y quita mucho tiempo.

—Yo intenté de forma vehemente convencer a mi padre para que se viniera a Salamanca con nosotros, pero era terco como una mula y nunca lo conseguí. Cuando mi madre vivía pues se apoyaban el uno al otro, además de que era la única persona a la que le prestaba algo de atención; pero desde que ella murió mi padre empeoró en su actitud y por eso le insistí tanto para que se viniera, pero ni modo, era demasiado terco. Pero bueno, ya está bien por hoy, terminemos el gazpacho y vámonos a descansar —dijo Milagros dando por cerrada la conversación.

El sol de la mañana y muy especialmente el calor, despertaron bastante temprano a Emilio, que de pronto se vio durmiendo en el sofá de la casa de su abuelo. Apenas eran las siete de la mañana y ya entraba por el balcón el ruido de una ciudad que se ponía en marcha.

Tras ponerse una ropa más cómoda y tomarse un café bien cargado, sintió mucha tristeza por estar en casa de su abuelo y que él no estuviese allí. Milagros y Esther aún dormían y no quería despertarlas sabiendo que debían estar muy cansadas por el esfuerzo de ayer, así que, para eliminar esa pena que sentía, decidió ir a la habitación de Salvador y ver qué recuerdos conservaba de forma más íntima.

Alzó de forma cuidadosa la persiana de la ventana para que entrara un poco luz natural y fue entonces cuando, echando un vistazo

general a la habitación, Emilio sintió una verdadera congoja porque su abuelo había muerto en soledad, sin estar rodeado de la familia.

Una vez que consiguió reponerse y disipar un poco el malestar que había sentido, inició la tarea por la cual estaba allí y abrió un cajón de la mesita de noche. Allí encontró un pequeño calendario, algunas fotografías antiguas y la cartera de Salvador. Dentro de ella, aparte de dinero y documentación, había dos imágenes: una de Milagros y otra de Emilio, a quien no le quedó duda de que su abuelo siempre los había llevado consigo.

También abrió el armario, en donde encontró la ropa de su abuelo; una ropa que aún olía a él. Aquel aroma le hizo recordar momentos del pasado y tuvo que sentarse en la cama porque la tristeza le había robado todas las fuerzas.

Y fue allí, acomodado sobre la cama, cuando Emilio observó que en la parte lateral del armario había un par de cajones pequeños en donde pensó que su abuelo podría haber guardado cosas valiosas desde el punto de vista sentimental. No se lo pensó dos veces y abrió el cajón superior, pero para su desgracia vio que allí solo había calcetines y ropa interior. Decidió entonces probar suerte con el otro.

—¡Puf! ¿Por qué no puede abrirse este cajón? Parece que está atascado —se quejó en voz baja.

Tiró con fuerza, pero nada, el cajón inferior parecía estar anclado a la pared.

—Tal vez sacando de nuevo el cajón de arriba pueda extraer el de abajo, o al menos ver el motivo por el cual no puedo sacarlo —reflexionó ahora, igualmente en voz baja.

Pero los dos compartimentos parecían estar ahora atascados y ninguno de los dos se abría. Agotada su paciencia, Emilio dio un fuerte tirón al cajón superior; tan fuerte que no pudo controlar el equilibrio y cayó al suelo. Cuando se levantó vio que el cajón finalmente había salido, pero se había desarmado al contacto con el suelo y la ropa interior y los calcetines estaban esparcidos por el mismo.

—¿Emilio? ¿Eres tú, Emilio? —preguntó Milagros alarmada.

El fuerte ruido la había despertado.

—Sí, mamá, soy yo.

—¿Qué ha sido ese ruido?

—Estoy en la habitación del abuelo y se me ha caído un cajón al suelo, pero no te preocupes que no ha pasado nada.

Entre toda la ropa que estaba esparcida por el suelo llamó la atención de Emilio un sobre blanco bastante grande que debía estar ubicado al fondo del cajón porque no lo había visto con anterioridad. Despejó la cama y volcó sobre ella el contenido. Del sobre cayeron, fundamentalmente, cartas y fotografías.

Se trataba, en su gran mayoría, de imágenes antiguas. Una de ellas resaltó el interés de Emilio por encima de todas las demás. En la fotografía podía verse claramente a un grupo de jóvenes posando a los pies de una fuente, destacando en el centro su abuelo, que exhibía una gran sonrisa. Se emocionaba pensando en cómo debía sentirse justo en el momento en que le tomaron aquella instantánea porque parecía radiante de felicidad.

Emilio pensó, por otra parte, que, si abrir las cartas de su abuelo no sería invadir su intimidad, sobre todo teniendo en cuenta que él siempre había guardado con celo sus cosas más personales, pero pudo más la intriga que los remordimientos y lo hizo. La mayoría de ellas habían sido escritas por Clara, la esposa de Salvador, por lo que Emilio pensó que eran documentos muy íntimos y que antes de seguir leyéndolos debía consultarlo con su madre.

Se disponía a guardarlo todo cuando una carta volvió a llamar su atención. No parecía tan antigua como las demás; la cogió y, efectivamente, el sobre y el sello delataban que era más actual. Lleno de curiosidad, Emilio la abrió.

Estimada Milagros:

No ha sido fácil tomar la decisión de escribirte, pero no puedo más. Por mucho que he intentado defenderme y por muchas veces que he explicado la verdad y nada más que la verdad, me han hecho culpable de un asesinato que no cometí. Y no lo cometí porque yo lo vi todo con mis propios ojos y es una imagen que no podré borrar nunca de mi mente. Presencié algo que no se lo deseo ni a mi peor enemigo, porque es tan duro que te destroza el alma.

Jamás imaginé que el sufrimiento pudiera ser algo tan destructivo, porque siento que está acabando con mi vida. Ya no me

quedan ganas de vivir; ya no me queda esperanza; ya no me queda fe a la que suplicar ni a la que rogar… Solo deseo que esto acabe pronto porque cada minuto que permanezco aquí es una condena.

Pienso constantemente en su familia, en mi familia, en la gente del pueblo... ¿Qué habrán pensado de mí al conocer la noticia? Se me hiela el corazón y se me coagula la sangre con solo imaginarlo.

Pero en este lugar frío, inhóspito, lúgubre y asqueroso en el que paso los días martirizándome y preguntándome el porqué, en el que ya he perdido la cuenta de las hostias que me han dado, he llegado a una conclusión, y es que me han utilizado. Ahora lo veo todo claro; me han utilizado como a un tonto. Y quieren que la verdad siga escondida, pero yo soy inocente y tarde o temprano se conocerá todo lo que aquí ha ocurrido.

Por eso te pido, por favor, que me ayudes a esclarecer este asesinato, porque estoy seguro de que tú y yo compartimos el mismo dolor.

Roberto
9 de septiembre de 1960

—¿Aún continúas en la habitación del abuelo? —resonó la voz de Milagros de fondo.

—¡Sí! Ya salgo…

Emilio se había quedado perplejo, estupefacto y sin palabras ante la lectura de aquella carta sucia, vieja, amarillenta y muy bien guardada.

—Una carta fechada en 1960 y dirigida a una tal Milagros… ¡¿A mi madre?! —se preguntaba a sí mismo sin poder salir de su asombro—. Pero ¿qué diantres hace esta carta aquí? ¿Cómo ha llegado hasta la habitación de mi abuelo? ¿Y quién es Roberto?

Emilio oyó pasos cerca y supuso que su madre se aproximaba. No quería que lo viera con aquella carta en las manos, así que rápidamente se la guardó en el bolsillo y se dispuso a dejarlo todo tal y como estaba.

—¿Qué te parece si despiertas a Esther y vamos a algún sitio a desayunar los tres? —propuso Milagros al entrar en la habitación, justo unos segundos después de que Emilio hubiera conseguido recogerlo todo satisfactoriamente.

—Vale, ahora voy a despertarla y enseguida vamos.

—¿Te pasa algo? Tienes mala cara —le preguntó Milagros.

—No, no me pasa nada; será culpa del cansancio —respondió Emilio intentando esconder su estado de estupefacción.

No es que Emilio tuviera demasiadas ganas de salir a la calle y menos aún después de la muerte de su abuelo, pero fue lo único que salió de su boca en aquel momento de máxima perturbación en el que había quedado tras la lectura de aquella carta.

Mientras desayunaban en la terraza de un bar, Milagros informaba a Emilio de que, tras haber hablado con el notario por teléfono, la lectura del testamento se haría de forma inminente, a más tardar en tres o cuatro días.

—¿Me estás escuchando, Emilio? —le preguntó Milagros.

—Sí, sí, te he oído.

—Pues no lo parece…

Emilio seguía ausente, con la mente puesta en aquella carta que acababa de encontrar y que no podía sacarse de la cabeza.

—¿Qué te pasa, cariño? —le preguntó ahora Esther aprovechando que Milagros se había ausentado un momento para ir al baño del bar.

—Nada, no me pasa nada.

—Tranquilo, que juntos superaremos este trance.

—Ahora no estoy así por eso.

—Entonces, ¿por qué estás tan ausente esta mañana? —insistió Esther.

—Por nada; cosas mías.

—¿De verdad que no te pasa nada? Ya sabes que puedes contar conmigo para todo. Y cuando digo todo, es todo.

Emilio sabía que Esther le conocía muy bien porque llevaban media vida juntos y de nada le serviría seguir negándolo.

—Esther y yo vamos a dar un paseo —anunció Emilio a su madre una vez que esta regresó del baño.

Era la única excusa que se le había ocurrido para quedarse a solas con su esposa y contarle lo que había encontrado entre la ropa de su abuelo.

—De acuerdo, os vendrá bien caminar —respondió Milagros con una leve sonrisa.

Eran las once de la mañana de un martes de finales de agosto en Sevilla. A esa hora el calor ya empezaba a notarse, así que Emilio llevó a Esther a un parque ubicado frente al hospital de la Caridad para confiarle lo que había descubierto.

—A veces venía a este parque con mi abuelo cuando era pequeño —recordaba con voz nostálgica Emilio.

—¿Qué te pasa, me lo vas a contar ya? —le apremió Esther.

—Esta mañana me levanté muy temprano y fui a la habitación de mi abuelo. Pensaba rebuscar entre sus pertenencias para ver qué tenía, qué guardaba, qué anhelaba, a qué cosas le daba importancia al final de sus días… En uno de los cajones del armario había un sobre bastante grande con fotografías y cartas, llamando mi atención esta concretamente; toma, léela.

Emilio pasó la carta a Esther y se quedó contemplándola mientras ella la leía.

—¿Quién es Roberto? —preguntó Esther al concluir la lectura.

—No lo sé; no sé nada… Solo sé que la lectura de esta carta me ha dejado sorprendido y descolocado —le contestó Emilio.

—«Me han hecho culpable de un asesinato que no cometí…» —releía Esther en voz alta.

—La he leído varias veces y sigo sin encontrarle un sentido claro —manifestó Emilio con perplejidad.

—¿Se lo has comentado a tu madre?

—No; bueno, no sé qué hacer. Nunca esperé encontrar esta carta en la habitación de mi abuelo y me he quedado sin palabras.

—Claro, ahora entiendo tu comportamiento en el desayuno —comentó Esther acariciándole la cara con ternura.

—Me gustaría averiguar quién es Roberto, por qué le mandó esta carta a mi madre, o al menos eso creo —dijo Emilio poniendo mucho énfasis en el matiz—, porque es todo tan extraño…

—¿Y qué vas a hacer?

—Pues, para empezar, voy a continuar buscando entre las cosas de mi abuelo para ver si encuentro otra pista y así averiguo algo más. No le digas a mi madre nada de momento, ¿vale? Vamos a esperar a ver si encontramos alguna otra cosa y ya luego veremos qué hacemos.

—Ten por seguro que no diré nada.

Sin Emilio saberlo todavía, el hallazgo de aquella carta iba a convertirse en su particular obsesión durante los siguientes meses.